

Lc 13,22 *Pasaba Jesús por ciudades y aldeas, enseñando, mientras proseguía camino a Jerusalén.*

Lo encabeza una observación característica de Lucas desde que en 9, 51 ha presentado a Jesús de camino hacia Jerusalén. ¿Se trata en ambos casos del mismo viaje o de viajes diferentes? La observación le sirve al autor para introducir una pregunta anónima interesándose por el número de los que se van a salvar

Lc 13,23 *Y alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los que se salvan?*

El resto del texto es la respuesta de Jesús (vs. 24-30).

Está formada por una parábola y una máxima final.

- Se trata de la misma técnica de respuesta empleada hace dos domingos ante la pregunta de Pedro (véase Lc. 12,41-48).

- Hace seis ante la pregunta del letrado sobre el prójimo (véase Lc. 10,29-37).

Esta técnica la emplea Jesús cuando no comparte el planteamiento del interlocutor; de ahí que su respuesta resulte chocante y extraña a primera vista.

No es, en efecto, una respuesta directa, que se mueva en el mismo plano de la pregunta. Lo cual no significa que sea una evasiva.

Es una respuesta indirecta que trata de llevar al interlocutor a un **planteamiento diferente del problema**.

Esto lo consigue Jesús mediante una parábola.

Lo curioso de la parábola de hoy es que sus personajes no son todos ellos imaginarios. Unos de los personajes son los **propios oyentes** de Jesús, quienes de esta manera se ven **implicados** directamente en el problema tal como lo plantea Jesús, un problema que no va a tener que ver con el

número de los salvados sino con la autoseguridad y exceso de confianza de los propios oyentes.

Lucas ha creado un marco literario de viaje en el que va haciendo altos de reflexión.

¿Serán pocos los que se salven?

El anónimo interlocutor pregunta a Jesús por el número de los que irán al cielo. Una imagen del cielo muy extendida entonces era la de un salón dispuesto para un banquete. Es esta imagen la que Jesús recoge en la historia que propone a sus oyentes. El salón tiene una puerta de acceso estrecha, la puerta se cierra y en el interior del salón comienza a celebrarse el banquete. Contra toda expectativa, los comensales no son todos judíos.

Judíos son sólo los antiguos patriarcas y profetas; el resto son extranjeros que han tomado asiento en vez de los judíos. La historia termina con una máxima que resume y explica la situación en el interior del salón:

Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos.

Los últimos son los extranjeros; los primeros, los judíos. ¿Qué quiere decir Jesús? Al preguntarle su interlocutor por el número de los que se salvarán, éste parte del presupuesto de que pocos o muchos, los salvados serán sólo judíos en cualquiera de las hipótesis.

Pensaba como el rabino Emir: "Puede considerársele hijo del mundo futuro al que habita en Israel, habla la lengua santa y recita mañana y tarde el Shemá".

Es a este presupuesto al que Jesús responde y no a la cuestión del número, lo verdaderamente problemático para Jesús es el hecho de pertenecer al Pueblo de Dios. Incorporando a sus oyentes judíos a la historia que cuenta, Jesús trata de introducir una espina de inquietud en sus beatitudes y seguridades. Pertenecer al Pueblo de Dios, les dice, no da derecho a la salvación; los invita a analizar su autoseguridad y exceso de confianza.

Aquí radica el problema y no en saber cuántos se van a salvar o en si la salvación es fácil o difícil. Quiero hacer hincapié en esto último, porque este texto ha servido con demasiada frecuencia para atormentar a las conciencias con un problema que queda marginado expresamente: el texto de hoy no trata de la salvación sino de los "salvados". Es una llamada de atención, un aviso al Pueblo de Dios: La puerta estrecha, la arrogancia y autoseguridad.